

Ministerio de Cultura, Colombia
Programa Nacional de Estímulos
Ensayos de teoría y crítica
del Arte contemporáneo

Categoría 2 – Texto breve



Título

ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

Autora

Mayra Lucía Carrillo Colmenares

ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

Es bien sabido que estudiar ayuda a recrear en el tiempo y el espacio del estudiante aquello que se había concebido y transformado en imágenes o palabras en otra época y en otros cielos. Porque estudiar enriquece el presente y actualiza el pasado y permite al estudiante atento no sólo comprender y relacionarse con un autor, sino que, gracias a la asimilación, convertirlo en parte de sí mismo. Porque estudiar alimenta nuestra alma, prepara nuestro espíritu para nuevas cosas y, en general, nos ayuda a crecer gracias a que nuestro plan de vida y expectativas vitales se ven fuertemente enriquecidos y confrontados.

Tal y como lo vivimos mis compañeros y yo, formarse como Artista Plástico implicaba tomar en un lapso de diez semestres: tres cursos de modelado y escultura, uno de dibujo técnico, siete de dibujo artístico, dos de fotografía, ocho de taller experimental, uno o dos de grabado, seis de teorías y seminarios del arte y siete de historia del arte - que incluían también seminarios-. A partir de quinto semestre se debía tomar una de las cuatro profundizaciones que se ofrecían: Pintura, Cerámica, Escultura o Grabado, misma que debía conducirte a la realización de tu trabajo de grado durante el último año de estudios. Y así, en ese último momento sólo se tomaban las materias de trabajo de grado al lado de alguna de las seis electivas que debían tomarse.



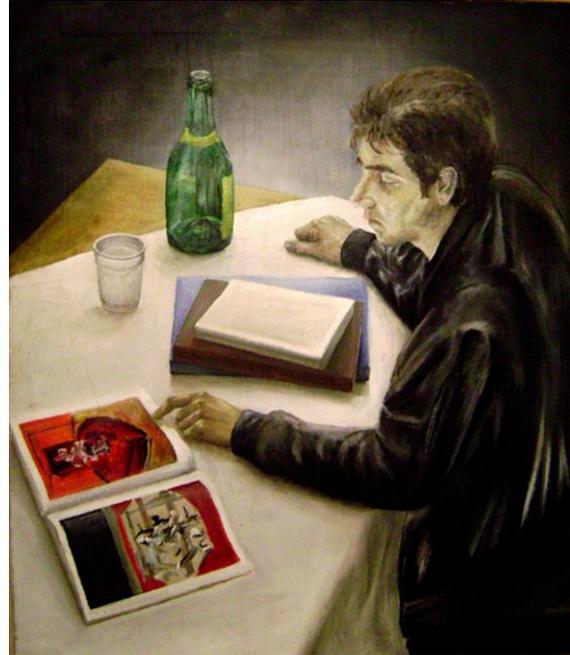
Dibujo a lápiz creado por la autora, en su segundo semestre de estudios. 1992

Aunque no era muy claro para qué, gran parte del tiempo durante los dos primeros años de estudio nos la pasábamos estudiando, conociendo y comprendiendo la anatomía humana, copiando modelos desnudos o copias en yeso de la antigüedad griega clásica.

ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

Porque tanto las clases de dibujo como las de escultura y pintura duraban seis horas semanales en bloques de tres horas.

Debido a la gran cantidad de bocetos que se nos exigía presentar cada semana en las clases de dibujo (retratos, bodegones y perspectivas arquitectónicas), los bustos de esculturas que había que entregar y las pinturas tamaño pliego que se nos exigía, era casi inevitable estar todo el día (y hasta las primeras horas de la noche), en los talleres de la facultad. Y por supuesto que debíamos siempre tener el dinero suficiente para comprar los costosos materiales de trabajo.



Pintura al óleo creada por la autora, en su tercer semestre de estudios. 1993

Cotidianamente tanto en las clases de dibujo, como en las de pintura el estudiante que sobresalía, o sacaba cinco sobre cinco, lo hacía porque sus trabajos ofrecían admirables representaciones de espacios o personajes reales. Con la diferencia de que, en las clases de dibujo se nos exigía una amplia gama de grises y en las de pintura, una buena idea representada con una extensa paleta de colores en las técnicas que se enseñaban: témpera, óleo, acuarela, temple, fresco y acrílico.

Las clases de Escultura, igualmente duraban seis horas a la semana, y todas las horas se encontraban dedicadas a modelar figuras en arcilla (personajes, animales, monumentos, etc.), en nuestros amplios, bien dotados y costosos talleres. Y algunas de esas figuras luego debían rehacerse en los materiales más tradicionales: bronce, madera, piedra muñeca o cerámica.

Por su parte, las clases de Teoría e Historia duraban cuatro horas a la semana, divididas en bloques de dos horas, y los profesores las dedicaban a informarnos acerca de civilizaciones antiguas, teorías sobre obras y algo de la biografía de artistas que, a juicio de nuestros profesores, eran determinantes para ubicarse en el campo de la recién elegida profesión. Allí



Siringa de Mergo. Pieza en Cerámica creada por la autora en el quinto semestre de estudios. 1995

nos iniciábamos en el estudio de un largo listado de artistas de la historia del arte. Debido a su gran abundancia y tan corto espacio de tiempo, solíamos verlos en clase mediante un singular *zapping*, en el que el profesor esperaba que una que otra frase y una que otra obra nos quedara muy bien etiquetada, organizada y archivada en nuestra memoria.

Debido a la metodología de la clase, en la que sólo se tenía un mismo libro para todos, vivíamos convencidos de que con

leer dicho texto ya sabíamos lo que debíamos saber sobre los artistas y sus obras. Y hasta salíamos de clase haciendo clasificaciones entre buenos y malos artistas porque, muy pretenciosamente, asumíamos que por haber estado en clase teníamos la autoridad y criterios suficientes para opinar sobre lo que, en realidad y a ciencia cierta, no conocíamos y no entendíamos.

Nunca nos dimos cuenta que la clase *sólo* resultaba útil en la medida en que nos ofrecía una base de aquello a lo que debíamos dedicar más tiempo. Y como los más valorados, tanto en la sociedad, como en la escuela eran los estudiantes que llegaban a exponer (y ojalá desde sexto semestre, en adelante), en lugar de ir a la biblioteca o profundizar en los temas todos nos apresurábamos a meternos en los talleres a “crear obra”. Lo que equivalía a decir: producir dibujos, pinturas o esculturas.

Estábamos iniciándonos y entrando a formar parte de un campo del *saber* humano, que al igual que los otros, requiere de investigación y serios compromisos para ser conservado, revisado y renovado, pero nadie nos lo dijo.

Y es que en aquel momento en la Facultad de Artes UN se respiraba un *aire enrarecido*, ya que los estudiantes entrábamos con unos imaginarios bastante insulsos sobre lo que es el arte y casi todos los docentes que tuvimos estaban a uno o dos años de pensionarse. Formados bajo los parámetros de creación de imagen que la academia francesa había establecido en el siglo

ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

XVIII, a la mayoría se les veía siempre muy abstraídos y - por lo que nos comentaban en sus clases-, estaban siendo fuertemente cuestionados por los planteamientos más recientes del arte.

Algunos esperando mantener el sentido de lo que hacían, en las ocho horas que duraban las clases de Taller experimental, sostenían insólitos monólogos (sin callarse un solo minuto, ni tomar agua), sobre los principios del arte, la importancia de la abstracción o la figuración y como parte de sus clases nos llevaban a ver sus obras en



Dineros Calientes. Galería Santa fe 1996. Instalación cerámica con arena del desierto de la Tatacoa realizada por la autora en sexto semestre.

museos y nos daban a conocer los pormenores de su oficio y los antecedentes de su estilo.

Otros, bastante exitosos en ese momento, incluían en sus trabajos premisas o técnicas del arte conceptual y sus clases eran la exaltación de sus referentes por medio de la revisión de catálogos recién llegados al país. Así, entre un semestre y otro, nos encontrábamos con profesores que creían firmemente en el oficio que habían aprendido en sus escuelas y otros que se llamaban a sí mismos conceptuales y realizaban instalaciones o performance.

Las diferencias entre ellos solían ser irreconciliables y aun cuando no era muy claro por qué se maltrataban e irrespetaban de forma permanente entre ellos delante de todos nosotros.

De tal forma que para evitarnos problemas nosotros, simplemente nos acostumbramos a guardar silencio y “pasar las materias” haciendo un perspicaz ejercicio de lectura y exhibición de aquel estilo que el profesor deseaba ver. Y muy dócilmente nos prestábamos a ser el incauto y cándido público que consumía sus improvisadas e ingenuas obras, cada vez que los profesores se querían sentir creativos o innovadores en el salón. Lo que hizo que cada vez con más y más frecuencia y sin pedir permiso a nadie, ni prestarse al dialogo, ellos usaran los espacios de la escuela como galería, espacio “espontáneo” de “creación” de sus “performances”, “intervenciones”, “acciones”, etc.

Muy memorable fue aquel día que llegamos a la clase de Teoría del Arte en la que el profesor pidió a uno de nosotros proyectar obras de la historia del arte en una pared, mientras él se ubicaba de cara a un rincón del salón y desde allí leyó lo que parecían ser poemas en alemán a la luz de una vela durante dos horas. Al finalizar su acción se paró, retiró las cortinas de la ventana y, sin decir ni una sola palabra, enérgicamente nos echó del salón.

Así cotidianamente dejábamos que pasara “de todo”, sin nunca exigir que sucediera lo que se supone que debía pasar: que los profesores nos enseñaran el mundo que habían ayudado a construir y que los estudiantes aprendiéramos a cuidar de él y/o transformarlo pensando en el bienestar de todos los colombianos. Por ello aún recuerdo muy bien la técnica que me permitió sacar cinco sobre cinco, deslumbrarlos a todos y exponer en prestigiosos salones y galerías durante algunos semestres: Ojear muy superficialmente novedosos catálogos y (con mucha sensibilidad hacia los materiales), realizar ingeniosos y deslumbrantes *juegos visuales* a partir de reinterpretar el estilo y obra de famosos artistas internacionales.

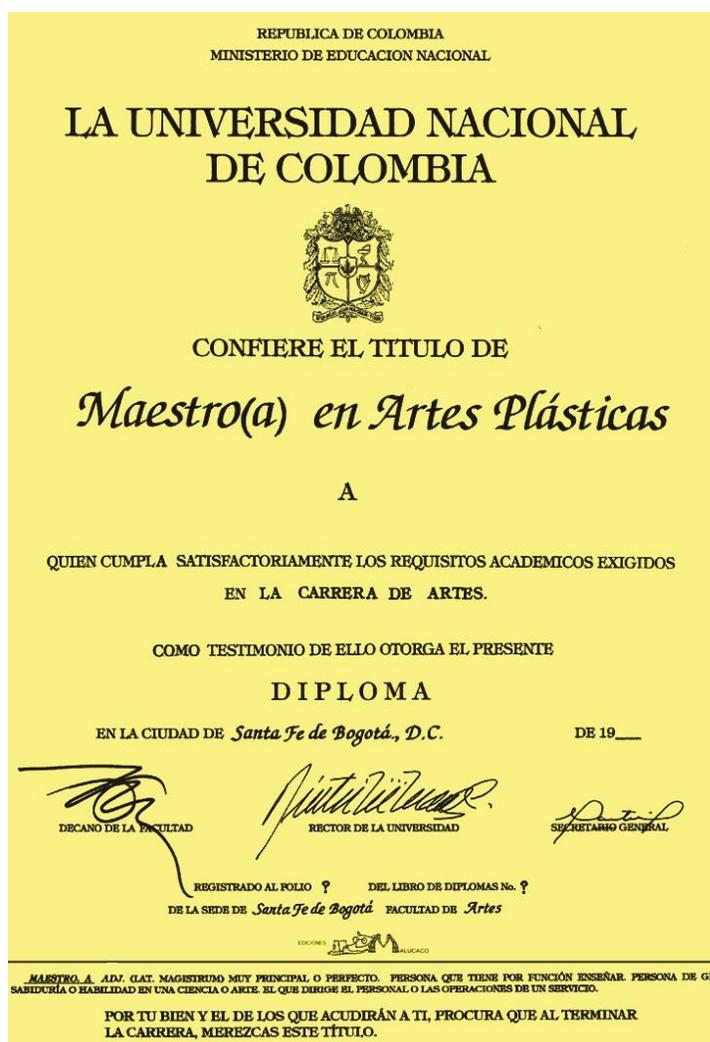


Instalación “Criptogramas” – Galería Santa Fé. 1996. Noventa y tres rollos de cerámica y matriz de yeso. creados por la autora en sexto semestre a partir de observar una obra de Bruce Nauman elaborada en 1985.

Como bien pude descubrirlo después, todos *querían ser* y *ensayaban* comportarse como **Joseph Beuys**, pero en lo propio de un adolescente, el cual pasa del sentimiento a la acción sin nunca intentar comprenderse, estudiar en profundidad el tema, ni comunicar sus sentimientos a sus semejantes por medio del lenguaje: ningún profesor nos hablaba del origen de sus actitudes y ninguno investigaba, ni nos enseñó a investigar.

ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

Como consecuencia de ello, nunca se enteraron de que la frase “*todo hombre es un artista*” se encontraba gravemente recortada y no significaba que cualquiera podía hacer “performance” o “instalaciones” de cualquier modo. Y mucho menos que ella era un permiso para que estudiantes y profesores actuaran de la inconsciente y superficial forma en que lo hicieron.



Todos los estudiantes que se encontraban cursando primer semestre de estudios en la UN en agosto de 1997. Recibieron copia de éste documento, con motivo de mis labores de sustentación.

Sólo la mitad de nosotros llegó a graduarse y recibir su título de *Maestros en Artes Plásticas*.

Pero yo era la única que sabía lo que significaba ser maestro. Aunque sólo muy recientemente descubrí *quien y para que* había creado la categoría:

Artes Plásticas.

La creó el gobierno español en 1970 para darle nombre a un modelo de *Educación Artística* especialmente creado para enseñarles a niños y jóvenes *Teoría del Color, Modelado en arcilla, Dibujo y Pintura*. Teniendo como referentes de creación visual el *Expresionismo Abstracto* y el *Informalismo*.

Material elaborado para la sustentación del trabajo de grado titulado:

ARTE= MEDIADOR DE ENERGÍAS CREATIVAS. 1997



Portada de la monografía (diez copias impresas) y portada del Cassette Canciones Mensaje (treinta copias)



Murales Didácticos Art Nouveau (Temple: Las Primeras gotas de lluvia 1889) y Arte Egipcio (Fresco: Tumba de Tutankamon- El abrazo de Osiris)

El dibujo digital de portada se encuentra
elaborado a partir de una foto perteneciente
a la colección del Museo Pedagógico Colombiano



ESTUDIAR ARTE EN LOS NOVENTA

*“ Todo el mundo participa en la creación,
todo el mundo es un creador, capaz de modificar el mundo creado.*

Toda persona es un artista que, al crear, es responsable de todo”

Joseph Beuys



Bogotá- Colombia

2017